

# VI

archivo  
entre >  
guerras



# Kievan Rus

De Ángel Hernández.





© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: [archivo.entreguerras@gmail.com](mailto:archivo.entreguerras@gmail.com)



## **I. Novoazovsk. Un soldado ucraniano es rescatado y huye del frente.**

Me encontraste casi muerto. Me llevaste a tu casa, me atendiste. Cada noche, aparecías con compresas húmedas para mitigar la fiebre. El tiempo que me llevó reponerme fue más del que imaginaba y ahora, al final del verano, pude salir de aquí por mi propio pie.

—¿Te vas?

—Todo parece indicar que sí.

—¿A dónde irás? Aún no te repones del todo.

—Intentaré seguir. No lo sé.

—Hay un camino que no ha sido cerrado y lleva hasta la ciudad más próxima.

—¿Hacia Jersón?

—Sí.

—Necesito ir del lado contrario.

—No hay lado contrario, todos los caminos están cerrados.

—Quizá no todos.

—Te perderás en el bosque.



—Me importa poco. No volveré a Jersón.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que sea necesario.

—Preferiría avanzar.

—Bien. Entonces hazlo.

Salí de ahí. Ahora estoy lejos. En el camino, de madrugada, se han venido presentando algunas imágenes que me resultan familiares:

—Una cajetilla de cigarros vacía.

—Restos de un mortero abandonado desde su posición.

—Plantas naciendo del cuerpo caído de un recluta.

Camino en la misma dirección, tratando de no ser parte del escorial que hay al fondo de la barranca. Ahora he salido al encuentro de un gato de monte que me mira como sintiendo compasión por mí. ¿Debo comerlo? La inercia me dice que sí. Hay un antecedente de hombres que han sido devorados por animales. Eso se sabe. Pero no puedo hacerlo ahora. He escuchado un disparo. Me detengo. Sigo a tientas por el piso. Más disparos. Intento mantenerme quieto. Alguien se acerca. ¿Es un hombre o dos? Es un hombre, pero por sus dimensiones, pareciera que fueran dos.



—¿Qué haces aquí?

—Escapo. Trato de avanzar hacia la frontera.

—No encontrarás nada.

—Hay algunos que han dicho que sí.

—¿Eres ucraniano?

—Sí.

—¿Estás armado?

—Si esto es estarlo.

—Debería matarte.

—Hazlo.

—No. Continúa. Otros más adelante lo harán.

Me balanceo, mi campo de visión comienza a ser difuso. Intento mantenerme en un solo pie porque el otro ha dejado de responder. Así hasta ir nuevamente al piso e intentar desplazarme entre la yerba. No sé si avanzo o retrocedo. La noche trae otros espejismos que no puedo interpretar con claridad, parasomnias confusas, complejas de identificar. Finalmente, a lo lejos, logro distinguir las luces de un pequeño pueblo instalado en medio de la llanura. Arriba, sobre la entrada, hay un letrero que dice: *Kievan rus*. Me acerco. Una anciana me sale al paso.



—¿Qué lo trae hasta acá?

—El infortunio, quizá.

—Está huyendo.

—Eso creo.

—¿Cuál es su nombre?

—Mijaíl. ¿Y el suyo?

—Bohuslava. Será necesario que pase la noche aquí.

—No estaría tan seguro. ¿Hay gente viva?

El pueblo era una congregación de antiguos letones que habían conformado una comarca encallada entre la región de Novoazovsk y Oleksandrivske. Unas cuantas casas y una galera construida a base de piedra caliza eran lo único que se podía ver entre la penumbra. Luego, la anciana me conduce hasta la estancia de una de las primeras casas y me pide que permanezca en silencio, luego desaparece. Volteo a hacia el fondo de la estancia, y veo a un grupo de soldados dormir sobre camastros improvisados, hechos de paja y troncos.

—Son rusos.

—¿Qué?



—Todos los que duermen son rusos. Les hemos dado protección y asilo.

—¿Por qué me ha traído hasta acá entonces?

—Para que duermas, también.

Un viento que me congeló el rostro entró por la puerta e invadió toda la habitación. Tomé el arma y apunté. Al acercarme un poco pude darme cuenta que todos estaban muertos.

—Son cadáveres.

—Había dicho que dormían.

—Sí, y dormirán para siempre. No han resistido a la fiebre.

—La fiebre suele ser mortal, Bohuslava. Puedo verlo por la sangre.

—Podrá recostarse en el camastro que está junto a la ventana.

Avancé unos cuantos pasos. Luego me detuve y giré repentinamente. La mujer me apuntaba a la cabeza con un arma. Nos miramos por un momento incrédulos. Indefensos. Frente a la naturaleza oscura de la muerte.



## II. Oblast de Kherson. Un periodista ruso redactando notas.

**Krasnogorivka. Ucrania. Jueves 2 de mayo de 2022.** Las palabras no se detienen, forman sociedades que organizan expediciones hacia territorios desconocidos, inexplorados, nunca antes vistos. Se mezclan entre términos que se desplazan a la incomprensión, pero que adquieren importancia por el modo en que resuenan en mi cabeza. Campos de sonoridad que se extienden y se reducen. Que hacen recordar, no con poca agonía, el modo en que traicionan el propósito para el que fueron creadas. Hoy recuerdo la agonía de otras palabras aprendidas durante este periodo de guerra:

**La palabra invierno:** como un bloque de hielo seco donde reposan mis hermanos vencidos por el frío, durante aquellas campañas que realizaban los pueblos nórdicos hacia la conquista de otros parajes que fueran propicios, pero también piadosos para vivir.

**La palabra auxilio:** como una congregación de voces y lamentos. De las voces de extranjeros armados que se hacían pasar por ucranianos y llegaban sin piedad a saquear las aldeas del norte de Mariupol. A quedarse con las mujeres y comer el ganado. Concretamente: un grito irreconocible de esas mujeres.

**La palabra olvido:** como las municiones que fueron descargadas sobre las bestias que se ocultaban en cavernas y eran consideradas sagradas durante los años de la refundación del Oblast de Kherson. Municiones que encontraban su dirección certera. Municiones que conseguían aliviar mediante la amnesia.

He comenzado a escribir. Invierno. Auxilio. Olvido. La relación entre estos tres términos no necesita explicarse. Debo informar sobre el olvido de la guerra que ha sucedido durante este invierno, donde he visto a tantos pedir auxilio. Voy a la libreta. Escribo: *Puentes que se derrumban / Espacios destruidos dentro y fuera / Aves que fracasan en su intento repentino de vuelo / Letras mayúsculas para escribir la palabra terror.*

**Toretsk. Ucrania. Viernes 3 de mayo de 2022.** Salgo de la redacción del diario. Afuera: sonidos de conversaciones en ruso entre hombres y mujeres que repiten constantemente el mismo parlamento. Me detengo. Me digo: *No podemos llegar más allá.* Repito eso a una pequeña niña que se ha cruzado en mi camino. *No podemos llegar más allá.* Continúo: *No seremos los responsables de cualquier delito. Nuestro delito será grande, certero, inmemorial.* La niña ha comenzado a llorar. Le sujeto la cara con fuerza. Intento detener sus lágrimas, pero es inútil. Entonces, preparo la despedida: *Esto es así. Todo nos hará daño. Mis únicos concilios se encuentran entregados ahora en la lógica de la barbarie.* Camino lejos

de ahí. Resquicios. Restos de una casa. De un edificio habitacional. Ruinas que con el tiempo se han vuelto parte natural del paisaje. Flores que lucen secas. Flores que desfallecen. Naturaleza muerta. ¿Cuánto auxilio hemos pedido por sobrellevar el dolor de este invierno? La repetición de la pregunta es exhaustiva. Intento regresar al lugar donde podía sentirme a salvo: un parque público dentro de un gueto provisional. Afuera, la guerra coleccionaba cuerpos expuestos sobre la acera. Cualquiera podía acercarse ahí e intentar reconocerlos. Me acerco. El movimiento de mis pasos altera la perspectiva de mi visión. Ajusto el lente de la cámara. Alguien que ha pasado cerca se sujeta de mi brazo para evitar desfallecer de la náusea.

**Skadovsk. Ucrania. Sábado 4 de mayo de 2022.** Sé que necesito ir a casa a descansar, pero no lo haré porque al final no descanso. Un temblor comienza a sacudirnos. Una desgracia propia que no entendería el resto del mundo por más que tratemos de explicarlo en notas. El temblor aumenta. Ahora sabemos por qué: un tanque de los separatistas aparece del fondo. Se coloca frente a un suburbio arrasado previamente y comienza a acercarse hasta que la proximidad puede resultar angustiante. Miro hacia la ventana. Hay gente que aún sigue viviendo ahí. El tanque eleva el cañón y lo sostiene en lo alto. Pienso en los grupos de inmigrantes que llegaron hasta aquí a buscar asilo. Letonios, estonios, cosacos, yugoslavos. Pienso en mi madre, descendiente de los primeros rusos que se instalaron en 1940, pidiéndome que mantenga la cordura. Que deje de escribir sobre la guerra. No puedo. Un dolor comienza a recorrerme el cuello. Saco la cámara fotográfica y me



acercó al tanque. El hombre que vive dentro, sale por la escotilla y me apunta con un fusil de asalto. Me pide que no tome fotos. Le digo que soy periodista, pero no escucha. Me pide que lance la cámara. Lo hago. Una mujer sale por la ventana del edificio. Grita al soldado que no me haga daño. El soldado se altera. Comienzo a necesitar una tregua. El soldado se altera. Mi capacidad de quedarme o huir se desvanece. El soldado se altera. Apunta a la mujer y dispara. Invierno. Auxilio. Olvido. Mañana será un buen día, me digo. Mañana será.

### **III. Nova Mayachka. Familia de refugiados desplazados por la ocupación rusa.**

#### **1. Distancias.**

##### ***Salida. Preparativos. Ellos se van.***

—¿Qué llevas?

—Lo necesario.

—Es demasiado.

—¿Qué dices?

—No puedes llevar tanto.

—No pienso dejarlo.



—Deberías. El camino es largo.

—Sé que el camino es largo.

—Entonces, deshazte ahora de todo lo que no haga falta.

—Bien. Eso haré.

***Caminan. Luego continúan en auto. Carretera T2206.***

Habla Vladyslava. Avanzamos entre la planicie de Nova Mayachka. A lo lejos miramos el paso de ciervos y gamos acechados por algunos lobos que van tras ellos, sigilosos. Aquí somos tres, hombre, mujer e hija pequeña que, con sólo seis años, se ha convertido en una atleta sórdida de la confusión. Su nombre es Bohuslava. Bohuslava: se hace la noche. Dormiremos bajo el cobertizo de este almacén. Entonces sentimos que los lobos han detectado nuestro olor y ahora siguen nuestro paso.

Habla Anatoliy. Nos mantendremos inmóviles dejando que todo pase. Lo mismo ha sucedido con los cuerpos que hemos encontrado cercanos al río Dniéper. Son cuerpos que se mantienen presentables a pesar de su estado de descomposición, he dicho a Bohuslava. Bohuslava: no tengas miedo. Ninguno se pondrá de pie para hacernos daño. Tócalos. Ahora son inofensivos. Pero también ahora son cuerpos que nos hacen recordar que podemos correr el mismo destino. Suban al auto.



***Llegan a Lutsk. Descenso. Caminan 10 kilómetros. Toman un camión.***

Habla Vladyslava. Comparo las cosas que he perdido con las que he ganado y no encuentro diferencia alguna. He perdido más, todos lo saben. He perdido la calma y he perdido la noción del tiempo. He ganado la angustia. Ahora sé que los lobos no podrán seguirnos hasta acá. No importa. Aquí rondan otros engendros. Se les conoce como *rusalka*. Súcubos que se manifiestan dando muerte a las aves. He pasado el día tratando de reconocer esos presagios. Esas sombras que dicen que algo tendrá que suceder pronto.

Habla Anatoliy. Me quedo sin respiración unos segundos. Veo que estoy pisando y me doy cuenta que se trata de un ave que quedó vencida tras la tormenta. Puedo pensar que lo merecía o puedo pensar que ha sido víctima de la agonía. Todos merecemos algo terrible que finalmente, algún día tendrá que llegar. A eso se le conoce como destino. Por ahora caminar lento, atento a lo que pueda pisar es una forma de no asimilar presagios.

***Llegan a Lutsk. Caminan 5 kilómetros hacia a la frontera con Polonia.***

Habla Vladyslava. Tomo de la mano a mi hija y abandono la vereda para comenzar a andar entre los matorrales. Todo es de un silencio que puede abismar, todo es de una claridad inextricable, todo encuentra su manera de hacerte creer que permanecerá y luego se suspende. —Ésta es la tranquilidad que buscaba —dice un



hombre que camina detrás de mí—, ésta es la calma que necesitaba conseguir desde que inició la cacería.

Habla Anatoliy. La guerra había comenzado silenciosa y así se había quedado durante largo tiempo. Las mismas agresiones. Los mismos rasgos de venganza. Los mismos abusos cometidos en contra de civiles no involucrados en el conflicto. Nadie era visible ante ese dolor de verte calcular lo que habías perdido frente a tu casa desecha. Así sucede con las gotas que caen desapercibidas de las ramas secas, con el polvo que cubre los cristales de los autos, con la paciencia, apenas visible, de la espera. Bien, ahora estamos en Varsovia.

## **2. Cercanías.**

***Hemos querido continuar, pero nuestras necesidades son muchas.***

acabar, aceptar, afirmar, alcanzar, alinear, borrar, buscar, cambiar, cansar, capaz, capital, comedor, comenzar, comer, comprar, conocer, conseguir, contar, contestar, continuar, convertir, correr, crecer, creer, decidir, decir, decisión, dejar, descansar, dirigir, donar, edificar, empezar, encontrar, entender, entrar, escribir, esperar, estar, existir, explicar, golpear, guardar, hablar, hacer, hundir, indicar, intentar, jadear, mudar, mundanal, necesidad, negociar, ocurrir, ofender, ofrecer, pasar, pedir, pensar, percibir, permitir, persuadir, proseguir, querer, recibir, recordar, regresar,



restar, resultar, resumir, saber, salir, sanar, seguir, sentar, sentir, señalar, soltar, suceder, sumar, superior, suponer, suspender.

***Anatoliy y Vladyslava: dos preguntas de Bohuslava.***

— Bohuslava me ha hecho dos preguntas.

—¿Cuál es la primera?

—Me ha preguntado si hubieras deseado quedarte en Ucrania a pelear.

—Es muy pequeña para comprender eso. ¿Qué has contestado?

—Que sí.

—¿Y la segunda?

—La segunda es más dura de contestar.

—Dímela.

—Me ha preguntado si su padre es un cobarde.

—¿Qué has contestado?

—He contestado lo mismo Anatoliy.



***Monólogo de Anatoliy: De las cosas terrenas y materiales en oposición a lo celestial o espiritual.***

***Primera parte:*** Estamos en la frontera polaca. Hace frío. Un hombre armado llega detrás nuestro e intenta separarnos. Sujeto de la mano a mi mujer y mi hija. Nos dirigimos a la puerta, pero la puerta está cerrada. Vamos ahora hasta la ventana para intentar huir. Lo conseguimos en un mínimo de tiempo e intentamos andar lo más rápido posible.

***Segunda parte:*** Nos sumamos a la muchedumbre. Nos confundimos entre cientos de familias que como nosotros se encuentran huyendo. Nos ayudamos con el impulso de los dos pies y cuando es necesario también utilizamos las manos. Hoy he visto a mi hija detenerse a observar a un militar. He pensado, no con poco dolor, que a ella le hubiese gustado tener un padre así.

***Tercera parte:*** Ahora estamos en un refugio temporal. Repito una y otra vez la misma elegía: volver a Nova Mayachka. Poner un anuncio que ofrezca reparación de chimeneas a bajo costo. Pero no. Tendremos que continuar hasta Berlín. Quedarnos quietos dentro de una casa de asilo. Buscar empleo. Hablar en entrevistas sobre la condición de la guerra y el desplazamiento forzado.

### III. Precipicios.

—¿Qué llevas?

—Lo necesario.

—Es demasiado.

—¿Qué dices?

—No puedes llevar tanto.

—No pienso dejarlo.

—Deberías. El camino es largo.

—Sé que el camino es largo.

—Entonces, deshazte ahora de todo lo que no haga falta.

—Bien. Eso haré.

—¿Hablabas con alguien?

—Lo hacía.

—¿Con quién?

—Con un hombre que puede instalarnos en Alemania.

—¿Es militar?

—Lo es.

—El mismo que veía Bohuslava.



—Sí. El mismo.

—¿Qué pide a cambio?

—Ha dicho que nada.

—Debe pedir algo.

—Dice que nada.

—No lo creo.

—Quedamos de encontrarnos mañana.

—¿Dónde?

—Afuera de la estación.

—No creo que sea lo mejor.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

—Anatoliy...

—¿Si?

—Iremos sólo Bohuslava y yo.

#### **IV. Hostómel. Oblast de Kiev. Una mujer junto a su padre rescata animales que buscan resguardo entre la guerra.**

El niño ciervo. Los gamos

comiendo cenizas.

Los corzos, los osos. Los jabalíes

debajo de los autos. Un centro del universo

que se desmorona. Una afiliación sonora

al lamento de los muflones. Mi padre insistiendo

en las ventajas de la piedad hacia las bestias.

¿Has visto cómo se inquietan? Sí. He visto.

¿Has visto cómo se desvanecen? Sí. He visto.

Mi padre promete ayudar a los animales heridos porque piensa que la humanidad está perdida.

¿Quieres venir conmigo papá? ¿Rescatar mofetas?

Las mofetas dejaron de aparecer durante la guerra.

Se escondieron en sus madrigueras. Pero

algunas han salido a buscar alimento porque el invierno



como se sabe, ya está a la vuelta.

Han salido por necesidad.

Lo sé papá. Todo acto de supervivencia

abre un capítulo de misericordia frente a la muerte.

Puedo oír el paso de los castores empeñándose

en acceder al pequeño granero para refugiarse.

El ruido característico de las tamiás al sentirse

sorprendidas por la luz, y una familia de Jerbos que

desorientados han perdido la dirección.

El modo en que la guerra ha cambiado su

hábitat, determina ahora su conducta, su reproducción

y su escala alimenticia. Habría que decirlo: la fauna residente

ha sido víctima de este conflicto al igual que los humanos.

Animales más grandes como los zorros y

los dingos han preferido vagar por las carreteras

para buscar presas en otras ciudades cercanas.

Pero todas las ciudades de esta región están devastadas.

No ha quedado mucho o en realidad queda muy poco.



Los rusos avanzan. Sé que los rusos avanzan papá.

Entonces, de pronto, un estruendo nos sobresalta a los dos.

Le pido que vayamos al sótano, pero él prefiere ir a buscar la escopeta.

No lograrás nada con eso. Los presagios se consuman.

Las causas permanecen absueltas.

De pronto, la casa comienza a llenarse de animales silvestres

que vienen a resguardarse después de la explosión.

Caminan por el tejado. Entran por la puerta, por las ventanas.

Ciervos, gamos, corzos, pequeños osos, un turón búlgaro,

jabalíes, marmotas, muflones, tamias.

Jerbos, mofetas y una ardilla albina de manto dorado.

La casa es ahora un refugio único de especies amedrentadas.

Un arca posmoderna de la guerra. ¿Has visto esto papá?

Sí. No te sorprendas. Están aquí porque no hay sitio seguro a donde ir.

¿Quieres decir que, en otro sitio, podrían estar peor?

Quiero decir que no les merecemos.

Bien. Es ocho de octubre y la resistencia lucha por recuperar Bajmut.

Voy hacia el patio trasero para asegurarme que todos estén dentro



y veo que hay una pequeña liebre de montaña herida.

El animal me mira como si me mirara yo misma.

En su mirada reconozco la mía. ¿Soy yo ese

pequeño ser que agoniza sin alcanzar a distinguir

entre la noche y el día? ¿Una pequeña bestia que

ha quedado huérfana de padre y madre y ahora

viene hasta mí para sacrificarse a sí misma?

Y sé que esa fábula oscura que se me presenta ahora

está exenta de indulto, pero no de espejismos.

La veo y me reconozco a mí, de niña,

en los primeros años cuando llegamos a Kiev

y me mantenía suspendida de la rama de un árbol

jugando con los otros niños a *khreschik redondo*

un juego que comenzaba con la frase:

“¡Chur, juega al round horseman!

¡Pararse en la montaña, para no ser atrapado!”

Y los niños divididos en parejas

corrían con todas sus fuerzas, cambiaban de lugar



y debían atrapar a alguien.

El juego se repetía durante el día. Eso era normal.

Lo que no lo era, es que siempre o

con demasiada frecuencia me atraparan a mí.

¿Por qué viene ese juego a mi memoria en este momento?

Porque he visto cómo, repentinamente,

la liebre ha sido presa de un lobo que de un salto

la ha atrapado entre sus fauces.

¿Has visto eso papá? Un lobo ha salido del granero

para clavar sus colmillos en la pequeña liebre que

no pudo librarse del ataque.

Avanza sin mucha prisa llevándola en su hocico

para internarse en el bosque y devorarla en soledad.

Lo he visto hija. No es una liebre.

Es una pequeña niña.

¿Papá?

Apártate, voy a disparar.



## **V. Bajmut. Dos soldados rescatan cadáveres abandonados en la cordillera de Donetsk.**

**Gleb:** Lo tomé con las dos manos. Todavía respiraba.

**Oleg:** Muy pocos se han ocupado de notar eso.

**Gleb:** ¿Notar qué?

**Oleg:** Cuando todavía respiran. Generalmente los trasladan a la morgue todavía moribundos.

**Gleb:** Cierto. Lo mejor es acabarlos.

**Oleg:** Eso mismo digo a los voluntarios.

**Gleb:** Los voluntarios no reconocen medidas de acción directa.

**Oleg:** Un tiro de gracia puede entenderlo cualquiera.

**Gleb:** Solo si sabes utilizar el arma. Ellos no tienen formación militar, es lo que trato de decirte.

**Oleg:** No la tienen, pero la tendrán.

**Gleb:** La tendrán cuando todo esto termine, entonces será demasiado tarde.

**Oleg:** Mira.

**Gleb:** Este también se mueve.



**Oleg:** Dale vuelta.

**Gleb:** ¿Estás vivo?

**Oleg:** No responde.

**Gleb:** Ya veo.

**Oleg:** Es ucraniano.

**Gleb:** No hay nada que se pueda hacer.

**Oleg:** No, ya es tarde.

**Gleb:** ¿Le disparo ahora?

**Oleg:** No, déjalo. No tardará en morir.

**Gleb:** Bien. Fumemos un cigarrillo mientras.

**Oleg:** Dame algo para limpiar la sangre.

**Gleb:** Toma.

**Oleg:** Gracias. A este lo han reventado.

**Gleb:** Mira, aquí hay fuego.

**Oleg:** ¿Cuándo terminará esto? Las batallas en el frente se agudizan, cada vez hay más ataques y más caídos por ambos bandos.

**Gleb:** No terminará. No pronto. Ya sabes, esto dura mientras tenga que durar. Pero la resistencia recuperará Bajmut. Tarde o temprano lo hará.



**Oleg:** La resistencia tendrá que hacer algo para que haya más voluntarios recogiendo cadáveres descompuestos por el bosque, antes de recuperar o no Bajmut.

**Gleb:** Bien. Sujétalo.

**Oleg:** ¿Qué?

**Gleb:** Ya está muerto.

**Oleg:** Bien.

**Gleb:** Tómalo de los brazos.

**Oleg:** Es pesado.

**Gleb:** Sostenlo.

**Oleg:** No puedo con él.

**Gleb:** Probemos arrastrándolo.

**Oleg:** Espera.

**Gleb:** ¿Qué pasa?

**Oleg:** Míralo bien.

**Gleb:** ¿Y?

**Oleg:** ¿Qué ves?

**Gleb:** Otro muerto.

**Oleg:** Es Petro

**Gleb:** ¿Estás Seguro?

**Oleg:** Tiene la misma chaqueta.

**Gleb:** Descúbrele bien la cara.

**Oleg:** Es difícil saberlo, ha quedado irreconocible. Le quitaré los guantes.

**Gleb:** ¿Y?

**Oleg:** Usa el mismo anillo.

**Gleb:** ¿El de titanio?

**Oleg:** Si, es Petro.

**Gleb:** Déjame verlo. Tienes razón.

**Oleg:** Gleb: No lo entregaré.

**Gleb:** ¿Qué estás diciendo?

**Oleg:** No estoy dispuesto a entregar el cuerpo.

**Gleb:** Tienes que hacerlo.

**Oleg:** Quiero llevarlo a casa. Enterrarlo junto a mi padre.

**Gleb:** Eso no podrá ser.

**Oleg:** Es mi hermano.

**Gleb:** Apártate.



**Oleg:** Fue una promesa.

**Gleb:** No querrás llevarlo así.

**Oleg:** Aun así, lo llevaré.

**Gleb:** El cuerpo está desecho. Será mejor entregarlo al grupo de forenses para que lo cremen.

**Oleg:** No lo entregaré. Ambos hicimos esa promesa.

**Gleb:** ¿Y crees que él hubiese hecho lo mismo por ti?

**Oleg:** Sí, lo creo. Hablamos de esto justo antes de despedirnos. Él seguía la campaña hacia Soledar, yo volvía a Donetsk para reunirme con la contraofensiva...

**Gleb:** Bueno, sabíamos que Petro no era muy fiel a la contraofensiva.

**Oleg:** Lo era. Duele saber que sus camaradas, fueran sus propios detractores.

**Gleb:** No podíamos aceptar que siguiera viendo a la invasión como una causa perdida.

**Oleg:** Nunca hubiera dicho algo así.

**Gleb:** Lo decía. En reuniones informales y asambleas era bien sabida su postura.

**Oleg:** Su postura era salvar a Ucrania como ha sido la nuestra mucho antes de que comenzara la guerra.

**Gleb:** ¡Por medio del separatismo!

**Oleg:** ¡Por medio de la proporción de posturas que el mismo pueblo reclama! Nuestros padres fueron víctimas de bombardeos por parte de los nacionalistas. Eso nos tocó verlo años antes de esta guerra. Petro solo consideraba que era necesario hacer un equilibrio de causas. Ambos bandos habían causado mucho dolor. Eso era todo. Sin embargo y a pesar de todo, combatía de nuestro lado.

**Gleb:** Y eso era lo peor. Porque entonces no era considerado un aliado como lo has dicho, sino como un infiltrado del que todos preferían cuidarse las espaldas.

**Oleg:** ¿Por ti? ¿Era considerado por ti?

**Gleb:** Por mí y por el resto de los colegas.

**Oleg:** Pero principalmente por ti.

**Gleb:** Principalmente por todos como ya te he dicho.

**Oleg:** Dime una cosa... ¿Tú lo has matado Gleb? ¿Has sido tú?

**Gleb:** Te equivocas. Yo no he sido Oleg.

**Oleg:** ¿Pero te hubiera gustado hacerlo? Sí. Puedo verlo en tu cara.

**Gleb:** Si lo hubiese querido, lo hubiera hecho.

**Oleg:** Lo hiciste, socio. ¿Sabes cómo? Hablando de él como una rata separatista entre los regimientos. Siempre cercano a la escucha y el interés de los comandantes. Siempre haciendo correr ese rumor, haciéndolo más grande, más vil, más oscuro.



**Gleb:** Bien, de acuerdo. En eso tienes razón.

**Oleg:** ¿Lo ves? Lo has matado tú.

**Gleb:** No. Pero sé quién lo ha hecho, Oleg.

**Oleg:** ¿Quién?

**Gleb:** ¿De verdad quieres saberlo?

**Oleg:** ¿Quién? Dímelo ahora.

**Gleb:** El mayor Bodashka.

**Oleg:** Imposible.

**Gleb:** ¡Bodashka lo quería muerto! Organizó una campaña que consistía en enviar a elementos considerados “de riesgo” a cumplir misiones a las mesetas cercanas a la cordillera con Chertkovo. Luego, una vez que se internaban lo suficiente, eran buscados por mercenarios pagados por él mismo que los asesinaban.

**Oleg:** Dudo que eso haya sucedido con Petro. Bodashka hacía eso sólo con detractores confesos.

**Gleb:** Ya has visto el modo en que dejaron al cadáver. Eso no ha sucedido a consecuencia de una muerte común en combate. A Petro lo asesinaron, tiene signos de tortura. Le rompieron las extremidades, le desfiguraron el rostro.

**Oleg:** Lo cual te reconforta Gleb, deja de ocultarlo.



**Gleb:** Debo reconocer que en el fondo era un separatista, era mejor que muriera ahora.

**Oleg:** ¿Y si el separatista fuera yo?

**Gleb:** ¿Tú? Bueno, no estarías aquí.

**Oleg:** ¿Y por qué no?

**Gleb:** Porque estarías muerto, como él.

**Oleg:** O quizá lo estarías tú.

**Gleb:** Yo no soy un separatista como Petro.

**Oleg:** ¡Petro no merecía morir!

**Gleb:** Todos merecemos morir en esta guerra. Sobre todo, cuando alguien como Petro, puede terminar por traicionar la causa.

**Oleg:** ¿Qué dices?

**Gleb:** Que lo mejor es entregar su cuerpo a los rusos. Ahí podrá descansar bien.

**Oleg:** Apártate de él.

**Gleb:** Guarda el arma Oleg. Lo meteré a la bolsa.

**Oleg:** No te atrevas. Si lo entregas a él, tendrás que entregarnos a los dos.

**Gleb:** Pues, eso haré.

**Oleg:** ¿Ahora eres tú el que me apunta? Bien. Pues vamos, dispara.



**Gleb:** Lo siento Oleg, entiendo que no debería hacerlo, pero así es esta maldita guerra...

**Oleg:** ¿Petro?

**Petro:** Lo maté. Tuve que disparar antes, de lo contrario hubiera terminado por matarte a ti. Este sistema de muerte no concede privilegios. Todos somos parte del engranaje que sostiene esa maquinaria. Todos terminamos vencidos a consecuencia de sus pugnas y sus aberraciones. Nadie gana y nadie pierde hermano, porque todos hemos perdido ya. Te diré algo: he andado estos caminos y he encontrado a otros camaradas muertos que se han alegrado de verme en esta condición. ¿Entiendes? Se han alegrado de verme más los muertos que los vivos —¡Petro! ¿Tú también?— Sí, sí, sí. Yo también. Separatistas, rusos y nacionalistas, lo mismo da. He andado estos caminos, y no he encontrado más que miseria, llanto y desolación. Es duro estar muerto Oleg. Es duro, ya lo verás. Hay quienes piensan que somos inofensivos, pero no. Hay que cargar con otras dolencias. Los funerales. El cinismo. La descomposición. Todo eso. Mira, te contaré algo: anoche, mientras reposaba bajo la copa de un árbol, vi aparecer una hermosa chica. Sí, una chica de una de las aldeas cercanas al río Niéper. Una de esas aldeas que han dejado de ser aldeas. Y la chica, la chica pasó por donde yo estaba, llevando un fardo de leña entre los brazos. ¿Entiendes? Para hacer algo de fuego y calentarse un poco. Entonces me he puesto de pie. Me he puesto de pie y me he ofrecido ayudarlo. ¿Te parezco repugnante? —le pregunté. No, no. Un soldado caído que ha luchado para que nosotros tengamos libertad, nunca será repugnante —contestó.



Y sí. Me di cuenta que aún tenía el uniforme del regimiento puesto, por eso me llamaba soldado. Así que la acompañé hasta su casa y ahí me invitó a pasar y me mostró a su familia. Su padre también había muerto desollado por la BTG y estaba ahí sentado sobre el sofá tomando un té. El viejo era bastante parecido a Nikita Khrushchev y nadie se sorprendía al verlo. —¿Qué pasa camarada? —le dije. —¿Qué pasa? Aquí, intentando no reventar, ja, ja, ja, ja—. El viejo tenía razón. Su estado de descomposición era ya bastante avanzado como su edad y aun así, la familia lo arropaba, acercándole al fuego y llevándole a las manos pocillos de borsch. —¿Moriste en combate? —preguntó el viejo—. No. Me han matado a traición —contesté—. ¿Eres pro ruso? —insistió—. No, no. Ahora creo no estar de lado de ninguno de los dos bandos. Ambos bandos, están perdidos. Ambos bandos causan dolor. Bien —dijo el viejo—, entonces quítate el uniforme y ponte ropa común de labriego. Por acá andan muchos rusos que también han muerto y no quisiera que eso desatara otro conflicto. Y así lo hice. Me acercó algo de ropa y un abrigo de carnero. Entonces el viejo me miró a los ojos. Llamó a su mujer y a su hija. Entonces dijo por última vez: —Puedes quedarte, afuera el invierno es duro hasta para un cadáver. Aquí tendrás un jergón para dormir y algo de vodka cuando sea posible. Ya lo ves. Le simpatizas a mi hija. Si todo marcha bien con los dos. Tendremos boda para cuando acabe la guerra—. Y yo he cerrado los ojos con fuerza y he imaginado hacer una vida junto a ella. Ya sabes. Tener hijos, una dacha de roca en la montaña. Alejarme del ejército y dedicarme a alimentar osos. Ser un buen veterano. ¿Entiendes eso Oleg? Lejos de rusos y ucranianos. Muerto. Felizmente muerto. Pues bien. ¿Quieres saber qué es lo que ha pasado? Hoy he dado un paseo



por el bosque y al volver, la casa ya no estaba. Una bomba de racimo la había alcanzado y mi hermosa chica había volado en pedazos junto a su madre y el cuerpo muerto de su padre. Todo había desaparecido, menos el paisaje de horror y miseria. De consternación y espanto. Lo que quiero decirte, es que, tampoco la muerte para mí ha tenido sentido. Y ahora, por evitar que te maten, he dado muerte también a otro hombre. ¿A dónde nos llevará eso Oleg? ¿A ser los mismos de antes? No. No creo que así sea. ¿Recuerdas los amaneceres en Severodonetsk cuando éramos niños? ¿Las palizas de mamá por los primeros cigarrillos? ¿El auto rojo de papá cuando íbamos del estero de Kramatorsk a la laguna baja para pescar? ¿La chica que nos gustaba a los dos y al final se fue con otro, que también como en nuestra descendencia, era ruso? Pensaba que nada cambiaría Oleg. Mierda. Que nada cambiaría...